

Actividad 1. Proyecto de Transformación de la Práctica (PTP) primera parte

Mi relato multigrado

Indicaciones: Redacta tu relato pedagógico. Sigue los pasos antes referidos. Vigila que cumpla con las características solicitadas y entrega tu producción en el Campus virtual.

Proyecto: *Tejiendo Saberes en el Aula Multigrado: La Fuerza del Proyecto*

Colaborativo

Maestra Julia Amelia Can Chan

En las aulas multigrado, los desafíos son evidentes, pero las oportunidades también lo son. En un entorno donde los estudiantes varían en edades, intereses y habilidades, encontrar métodos de enseñanza que sean efectivos para todos es, a menudo, un reto que pone a prueba la creatividad y la adaptabilidad del docente. Sin embargo, también es un campo fértil para la innovación pedagógica. Recuerdo un proyecto en particular que se gestó en uno de esos días en los que la dinámica del aula parecía fluir naturalmente hacia una tarea significativa para todos: un proyecto colaborativo sobre el medio ambiente que involucró a estudiantes de diferentes grados.

La escuela, situada en una comunidad rural, contaba con un número reducido de recursos y una infraestructura modesta, pero los estudiantes poseían una gran disposición para aprender. El reto era cómo mantener el interés de todos los alumnos mientras trabajaban en equipo para desarrollar un proyecto que no solo los involucrara, sino que también les ayudara a comprender temas relevantes y actuales, como la protección del medio ambiente y el uso responsable de los recursos naturales. Lo que comenzó como una simple idea de clase, rápidamente se convirtió en una experiencia transformadora para los alumnos y para mí como docente.

El primer paso fue organizar a los estudiantes en equipos colaborativos, asegurándome de mezclar a niños de distintos grados, de manera que los más pequeños pudieran aprender de los mayores, mientras los más grandes se sentían responsables de compartir sus conocimientos. Había algo mágico en ver cómo los niños más pequeños miraban con admiración y curiosidad a los más grandes, mientras estos, con paciencia y generosidad, explicaban conceptos complejos. El trabajo en equipo se convirtió no solo en una estrategia pedagógica, sino en una forma de fortalecer los lazos entre ellos. A través de este proceso, los estudiantes aprendían a negociar, a ser empáticos y a compartir ideas,

todo dentro del marco de una tarea común: investigar, reflexionar y presentar propuestas para la protección del medio ambiente.

Las actividades se organizaron de manera que se adaptaran a los diferentes niveles de aprendizaje. Los alumnos mayores se encargaron de investigar sobre el cambio climático, la deforestación y las energías renovables, mientras que los más pequeños creaban carteles, dibujos y presentaciones visuales que reflejaban lo aprendido. La mezcla de tareas prácticas y cognitivas permitió que cada niño, independientemente de su edad, encontrara una manera de contribuir al proyecto. Durante las semanas siguientes, el aula se transformó en un espacio vibrante de creatividad y colaboración. Los niños no solo aprendían de los temas, sino que también descubrían nuevas formas de aprender entre ellos.

Lo que más me sorprendió fue la evolución en la participación. Al principio, algunos estudiantes se mostraban más tímidos y reacios a involucrarse en las discusiones grupales. Sin embargo, conforme el proyecto avanzaba, los roles dentro de los equipos cambiaban. Los más callados comenzaron a tomar la palabra y a liderar sus pequeñas secciones, mientras que los más extrovertidos, que inicialmente dominaban la conversación, aprendieron a escuchar y a dar espacio a las ideas de sus compañeros. Fue en esos momentos que entendí el

verdadero valor del trabajo colaborativo: no solo se trataba de aprender los contenidos, sino de aprender a convivir, a escuchar y a aprender unos de otros.

El impacto en los estudiantes fue notable. Para muchos de ellos, el proyecto no solo fue una forma de aprender sobre el medio ambiente, sino una lección de autoconfianza y trabajo en equipo. A través de este proceso, los estudiantes desarrollaron habilidades importantes como la resolución de problemas, la investigación y la comunicación, pero también aprendieron a organizarse, a liderar y a ser responsables de su propio aprendizaje. Para mí, como docente, el proyecto representó un espacio de reflexión sobre mi práctica. Aprendí que en el aula multigrado, el desafío no es solo enseñar, sino crear oportunidades para que los estudiantes aprendan entre ellos, respetando sus diferencias y aprovechando sus fortalezas.

Conforme se acercaba la fecha de presentación, la emoción en el aula era palpable. Los estudiantes trabajaban con dedicación, y se notaba cómo cada uno quería aportar lo mejor de sí mismo. El proyecto culminó con una presentación en la que todos, desde los más pequeños hasta los más grandes, expusieron lo aprendido. Los carteles adornaban las paredes del aula, llenos de dibujos y frases inspiradoras sobre el cuidado del medio

ambiente, mientras que los grupos mayores presentaban sus investigaciones, explicando cómo sus hallazgos podrían ayudar a mejorar la situación ambiental de nuestra comunidad. Fue un momento de orgullo colectivo, donde todos los estudiantes se sintieron valiosos y parte de un logro compartido.

Esta experiencia me enseñó una valiosa lección: el trabajo por proyectos en aulas multigrado no solo beneficia a los alumnos en términos de contenidos académicos, sino que fomenta la cooperación, la solidaridad y el respeto por la diversidad. Como docente, entendí que mi rol no es solo el de transmisor de conocimiento, sino el de facilitador de experiencias de aprendizaje significativas, donde los estudiantes se convierten en protagonistas de su propio proceso educativo. Esta experiencia también me impulsó a seguir buscando nuevas formas de integrar a todos los estudiantes, independientemente de sus edades o niveles de habilidad, en proyectos que los desafíen y los inspiren a aprender juntos.

Hoy, al recordar esa experiencia, me doy cuenta de que en las aulas multigrado no solo se enseñan asignaturas, sino que se tejen saberes compartidos que van más allá de los contenidos formales. Es en la interacción entre los estudiantes, en el aprendizaje colaborativo, donde

realmente se forja el conocimiento. Este proyecto, más que un tema de medio ambiente, fue un proceso de aprendizaje mutuo, de crecimiento y de comprensión, tanto para los estudiantes como para mí como docente. Y, aunque cada aula multigrado es diferente, la esencia de este enfoque sigue siendo la misma: construir juntos un espacio de aprendizaje inclusivo, donde todos tengan la oportunidad de brillar.